

A La Angustia

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Llenos de estupor, mezclado con rabia, retazos de frustración y no escasas porciones de miedo, los mexicanos han venido asistiendo al espectáculo terrible de lo que acaso creen que es su bancarrota, o de algo que se asemeja mucho a ello. Descreídos de cuanto les dice el gobierno, porque sus funcionarios describen con tintes alegres lo que todos ven oscuro, o porque niegan hoy lo mismo que afirmarán mañana, como si nadie pudiera tener conciencia clara de lo que está sucediendo, y la mano firme para ponerle remedio, los ciudadanos de este país están en un riesgo mayor, que es el de caer en la angustia, y comportarse como animales perseguidos por el fuego. Pero no caerán en ese peligro.

Supimos desde siempre que la devaluación de febrero era apenas el principio de un doloroso proceso de transformaciones. Pero la realidad es siempre superior a lo imaginario. Lo que pudimos esperar se está cumpliendo con creces e infiriendo, al hacerlo, heridas dolorosas y que no curan cuando otras nuevas, más profundas y sangrantes se abren en el cuerpo social.

El domingo primero de agosto, un mes después de las elecciones el gobierno, de manera casi subrepticia, como si el hecho de que ningún funcionario diese la cara al público les disminuyese y no al revés la grave responsabilidad en que incurrieran, comunicó a los ya muy golpeados consumidores que en adelante una cuarteta de bienes y servicios imprescindibles costarían mucho más caro. La explicación era, en cierto sentido, inobjetable. Pero no se trataba de un problema de lógica, y ni siquiera sólo de economía pura. Era, esencialmente, un problema político. Y no se le trató como tal. O se le trató con mala política, con política ilegítima, se diría.

La situación financiera del gobierno era ya extremadamente difícil antes de las elecciones. Las dificultades para obtener el último de los grandes créditos a que acaso accedamos en mucho tiempo, evidenciaron que la barca de las finanzas públicas, tan hábilmente calafateada, empezaba a dar muestras de inestabilidad, y hasta se advirtieron aquí y allá pequeños orificios. Pero en realidad todo era obra de una bien montada escenografía, porque las condiciones económicas eran mucho más graves de lo que la tramoya permitía pensar. De allí que fuera necesario emprender una cura de caballo de la economía, sin anestesia, para remediar el cúmulo de males que las inercias, las necesidades, las complicidades y la ineficacia han ido amontonando.

Se retiró el subsidio al pan y a la tortilla. Se ha repetido que don Adolfo Ruiz Cortines dijo más de una vez que el precio de las tortillas debía ser, por siempre, un precio político, porque cuando el precio de ese alimento sube, los gobiernos bajan. Sin duda su afirmación no estaba fincada en datos de la realidad, pero revelaba una certidumbre respecto de la importancia que la población en general, y sobre todo los más pobres, dan a esa su comida esencial. Otros precios pueden cambiar, y a casi todos ellos, por la infinita capacidad de mutación de los seres humanos, puede el consumidor adaptarse. Pero era riesgoso probar qué ocurriría si el precio de la tortilla se quedaba librado a las fuerzas del mercado, o casi. Y sin embargo, ahora era ya imposible resistir. Las necesidades financieras del gobierno, que no pueden

esperar, hicieron preferible aún el alza al ciento por ciento en el precio de ese producto. Claro, que sean los pobres los que paguen los trastos rotos.

No es un drama mínimo el que se plantea para quienes de cinco pesos con cincuenta centavos han de pagar ahora once pesos por cada kilogramo de tortillas. Aún si las explicaciones técnicas y económicas sobre la naturaleza y la función de los subsidios estuvieran a su alcance, de nada les serviría tener bien claro por qué han de pagar más caro, si están en la imperiosa necesidad de dar de comer menos a sus hijos porque no alcanzan los ingresos para cubrir el alza. Y como el incremento se produce en un ambiente impregnado por la recesión, ni siquiera cabe la posibilidad de trabajar más, para poder buscar otro centavo, como se decía antes de referencia a una moneda que aún como concepto pronto resultará pieza de museo para esos mismos muchachos a quienes se les ha hecho más rala una dieta que era de por sí magra e insuficiente.

Tragedia análoga la del pan. Pero tal vez no tan caladora como la de la tortilla, aunque sea más literario, por colonialismo cultural, hablar de los consumos trigueros. La electricidad y los combustibles, a su vez, subieron también y desde arriba soltaron la bomba de profundidad que son sus efectos multiplicadores. Todo lo transportado para llegar a los consumidores, todo cuanto incluye como insumo el servicio eléctrico, empezaría a partir de ese domingo primero de agosto a incrementar sus costos y por consiguiente sus precios.

Pero no fue eso todo. El lunes dos de agosto Nuestra Señora de los Ángeles se distrajo con la celebración de su día onomástico y no contribuyó en nada a evitar que se produjeran las primeras alarmadas reacciones. Los que todavía no habían sacado su dinero del país, y quienes aún conservaban en moneda nacional sus depósitos, advirtieron que la situación del gobierno era extremadamente grave, al punto de arrastrarlo a pagar los extraordinariamente altos costos políticos que las alzas significaron, y reiniciaron la salida de divisas y la dolarización. En tres días, el flujo fue incontenible, hasta que obligó al gobierno, por primera vez activo en el largo verano de la devaluación hasta nuestros días, a recordar que es el rector de la economía, no su víctima indefensa, y a intentar retomar las riendas de una situación que no debió nunca dejar que escapara a su control. Un estrago adicional, sin embargo, se infería al momento mismo de asumir esa decisión, que fue devaluar de nuevo el peso frente al dólar.

El control de cambios que al fin se resolvió el gobierno a establecer fue parcial y llegaba con demora. Pero al fin se tomaba. Era absurdo que las divisas mexicanas, resultado del trabajo de los mexicanos que se entregan a las oscuras faenas cotidianas, alimentara, como un regalo aberrante, economías ajenas, y los bolsillos ahitos de los especuladores. Así lo propició el gobierno durante muchos meses, hasta que ya no pudo más resistir una economía que en muchos de sus órdenes fue construida sobre bases muy endeblas, que ahora se tambalean.

Sólo eso está, realmente, en semejante condición. A pesar de su estupor, de su rabia mal expresada, de su frustración, y de su miedo, el mexicano común, ese que trabaja duramente para llevar el jornal a casa o ese que ni jornal ni casa tiene por largas temporadas, ese que nunca lo ha tenido, está allí, firme como la tierra a la que se parece tanto. En su solidez habrá de descansar la recuperación nacional frente a esta crisis. No es un invento, no es una creación de la esperanza estimulada por la imaginación. Basta para comprobarlo mirar a nuestro alrededor para ver a esas muchedumbres, a las que asalta el riesgo de convertirse en multitudes adocenadas si no se rebelan contra la ineptitud y el abuso, pero que mientras tanto tienen, como venida de la entraña misma de su suelo y de su tiempo, una serenidad que impedirá el paso a la angustia.